



Alof D'Vignacourt, gran maestre de Malta.

SEGUNDA SERIE.—1858.

AÑO XVI. 26.

ALOF D'VIGNACOURT

GRAN MAESTRE DE LA ORDEN DE MALTA.

Alof D'Vignacourt de una casa muy antigua de Picardía en Francia, era gran cruz y gran hospitalario de esta nación en la orden de Malta, de la que fué nombrado gran Maestre el 10 de febrero de 1601 á la muerte del gran maestre Garcés.

Solo su mérito y sus grandes cualidades le habían elevado á esta alta dignidad. No hubo, segun dice el abate Wertot, un magisterio mas célebre que el suyo, que duró veinte y un año, y durante el cual las galeras de la orden se apoderaron en Africa de la ciudad de Mahometan, devastaron la isla del Lango, tomaron y saquearon á Corinto y Castel-Torneza, el almacen de la Morea.

Vignacourt hizo construir en 1616, un magnífico acueducto de cuatro millas de largo para llevar el agua á la nueva ciudad de Lavalette. Murió yendo de caza de un tabardillo el 14 de setiembre de 1622.

Su retrato, que presentamos hoy á nuestros lectores, es una de las obras maestras de Miguel Angel Caravagio.

Inquieto y orgulloso Miguel Angel Caravagio, hallándose en Nápoles donde se había visto obligado á huir de resultas de una pendencia, concibió la ambicion de ser condecorado con la cruz de los caballeros de Malta, distincion que algunas veces se concedia á los hombres mas considerables por su mérito.

Embarcóse, pues, para Malta y se hizo presentar al gran maestre de la orden, que era entonces Alof D'Vignacourt. Hizo dos retratos de este alto dignatario, el uno de cuerpo entero y armado, el otro de medio cuerpo sin armas y con el traje de gran maestre.

El primero, que es el que presentamos, fué colocado en el arsenal de Malta, el otro en el salon de ceremonias del palacio maestral.

Hoy el retrato de cuerpo entero ha venido á parar al museo del Louvre, donde tantas preciosidades artísticas de toda la Europa se han reunido desde el tiempo de las conquistas de Napoleon; no obstante las muchas que por el tratado de Viena recuperaron las potencias que habian gemido bajo la dominacion francesa un tiempo. El cuadro de Alof d'Vignacourt, demuestra el poder de aquel extraño y famoso artista de quien ya antes hemos hablado en el Museo. Sábese como despues de haber preparado en su infancia el yeso para los albañiles y la cola para los pintores al fresco llegó á hacer algunos buenos retratos. Un mal negocio que tuvo en Milan le obligó á refugiarse en Venecia, donde estudió el colorido de Gorgion, maestro al que era sobre todo muy aficionado. Desde allí se fué á Roma, donde la necesidad le hizo entrar en el taller del caballero José de Arpinas, muy afamado entonces en la corte pontificia.

Impresionado vivamente en la vigorosa observacion de la naturaleza que marcaba las obras de aquel altivo aprendiz, José de Arpinas le hizo pintar cuadros de flores y de frutos; empero Miguel Angel se cansó pronto de ello, y poniendo las miras mas altas se aprovechó de la ocasion que

le ofrecia un pintor del género grotesco llamado Próspero, para salirse del taller de José de Arpinas y disputar á su amo la gloria del pincel.

Desde este momento data la revolucion que el Caravagio hizo en las artes aplicando á la pintura la energía y la brutalidad de su temperamento.

Profesando un sistemático desprecio por las bellezas puras y elevadas de lo antiguo y de Rafael, no quiso reconocer mas guia ni mas modelo ni otro objeto que la naturaleza menos selecta, la de las tabernas, la de los gitanos y la de las plazas y mercados públicos.

El vigor casi salvaje de su pincel y los efectos que buscaba, le atrajeron los anatemas de otros maestros. No cedió su orgullo: ayudado por el favor del cardenal del Monte, despues por los Crescenti, por el marqués Justiniani, por los cardenales Borgese y Barberini y otros patricios romanos, llegó hasta tener su parte en los grandes trabajos de Roma que se habia distribuido á los Carrachos, al Dominiquino, á Albano y á Guido. Mas de una vez sin duda el Caravagio tuvo que sufrir el género de afrenta que ha valido al Louvre el poseer su importante composicion de la muerte de la Virgen. Mas de una iglesia le devolvió sus cuadros porque los santos que pintaba eran de una fisonomía y de una expresion demasiado triviales para escitar el respeto y devocion de los fieles.

Sin embargo cuando quiso ¡quién mejor que él ha sabido contener su violencia y el partido que habia tomado por su género ordinario! ¿Qué puede verse de mas altivo y de mas noble que el retrato de Alof d'Vignacourt? ¿Qué cosa mas delicada que la figura del pagecillo que lleva el casco al lado del gran maestre armado de todas armas?

La licencia de la vida de este caprichoso y vengativo pintor sobrepujaba todavia á la licencia que se tomaba en la pintura. Descuidado en su vestir, disipador, insolente, siempre se le veia con la espada al cinto y con demasiada frecuencia dando tajos y reveses.

Habiendo tenido en Roma una disputa un día en el juego de pelota con un amigo suyo echó mano á la espada y lo mató. Aunque herido en aquella contienda huyó precipitadamente y sin dinero. Primero halló un asilo en el duque don Marcio Colonna, despues fué á Nápoles donde le vino ese deseo de tener la cruz de Malta, lo que le obligó á embarcarse como hemos dicho para ir á buscar al gran maestre.

Quedó Alof d'Vignacourt tan satisfecho y contento de sus dos retratos, que despues de haberle dado la cruz le mandó ejecutar para la iglesia de San Juan la degollacion del santo; y esta última obra maestra, unida al recuerdo de los retratos le valió al Caravagio por parte del gran maestre una rica cadena de oro y el regalo de dos esclavos escogidos entre los prisioneros musulmanes, que los caballeros vencedores tenian derecho de vender en provecho suyo.

Algunos autores han motivado el viage de Caravagio á Malta por el proyecto de venganza que este artista habia concebido contra José Arpinas. Empero el Caravagio no era hombre que reparaba en si sus enemigos eran mas nobles que él para reñir con ellos. Ademas ninguno refiere esas causas de enemistad grave con su antiguo maestro. De nada le hubiera servido tampoco el título de caballero de Malta para reñir con Arpinas, porque él no podía volver á Roma.

El Caravagio era tan vanidoso como brutal y su vanidad

fué la única causa que le llevó á Malta á buscar la cruz de aquella insigne órden.

Durante su mansión en aquella isla habia vivido Caravaggio en la abundancia de todos los bienes y lleno de honores y habia comenzado á formar una nueva escuela en honor suyo.

Su turbulencia no le dejó gozar largo tiempo de aquella prosperidad. Tuvo una disputa y sacó la espada contra un caballero de alta distincion. Ofendióse el gran maestro de aquella impudencia y temerario atrevimiento. El Caravaggio fué puesto en prision, pero logró escaparse en medio de los mas grandes riesgos, burló todas las pesquisas y llegó á abordar á Sicilia. Pintó allí algunos grandes cuadros en Siracusa, en Messina, y en Palermo. Muy pronto no creyéndose allí seguro quiso volver á Nápoles para aguardar el indulto que debia permitirle presentarse otra vez en Roma, y al mismo tiempo para hacer las paces con el gran maestro, al que envió una Herodías de medio cuerpo teniendo la cabeza de San Juan en un plato. Su buena fortuna le habia decididamente abandonado. Hallándose un dia de pie en la puerta de la hostería del *Ceriglio* se vió rodeado por algunos hombres armados que le maltrataron y le dieron unas cuantas cuchilladas en la cara.

A pesar de los crueles dolores que sufría subió el Caravaggio en cuanto pudo y se halló mas aliviado, en una falúa para volver á Roma donde le llamaba el perdon del papa.

Al arribar á la playa, la guardia española tomándole por otro caballero á quien estaban aguardando, se apoderó de él y le metió en una prision. Reconocida la equivocacion le pusieron en libertad, empero era ya demasiado tarde: su falúa y su equipage habian desaparecido.

Con el corazon lleno de todos los transportes de la rabia echó á andar á pie á lo largo de la playa hasta Porto-Ercole en lo mas fuerte del calor, cayendo sobre su cabeza á plomo el abrasador sol del estío. Allí le acometió una fiebre maligna que se lo llevó en pocos dias.

Esto era en 1609 y tenia la edad de treinta y nueve años.

En Roma donde aguardaban su vuelta causó una emocion universal la noticia de la triste muerte del célebre artista en una desierta playa.

Hicieronle suntuosos funerales, y el caballero Marin que era uno de sus amigos y que mas habia trabajado por conseguirle el indulto le compuso un elegante epitafio.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

LAGOS.—Hay tres clases: primero los que reciben aguas y no las vuelven, tal como el mar Caspio y el mar Muerto. Segundo, los que dan aguas sin recibirlas, tal como el de Titicaca. Tercero, los que reciben aguas y las vuelven, como el lago de Génova que está atravesado por el Ródano. Un lago en general es un valle cerrado por un dique natural capaz de contener las aguas que allí se reunen. Hay lagos en todas las comarcas y de diversas alturas: uno de los mas extraordinarios es el de Titicaca, en la América Meridional. Elévase su fondo sobre el Océano unos doce mil pies, y su circunferencia es de cien leguas. Cerca de este lago se ha-

llaba un templo célebre entre los peruanos. Se cree generalmente que los desgraciados habitantes de aquel país arrojaron sus riquezas á las aguas de aquel lago para sustraerlas á los españoles cuando se apoderaron de aquel país y derribaron el trono de los Incas.

EL TOCADOR DE ORGANILLO.

Estaba yo una noche sin objeto determinado metiéndome por los barrios mas oscuros y desiertos; así llegué á una callejuela oscura y desierta con casas horribles de aspecto sombrío, cuyos techos iban á perderse en la sombra: de trecho en trecho alguna taberna dejaba escapar una luz mortecina que hacia relucir las piedras húmedas del pavimento.

Esta calle es la *Corte de los milagros* del moderno París, el asilo de cuanto encierra la ciudad de mas abyecto y embrutecido, se llama calle *Travernise*, y en verdad no se por qué, pues no tiene comunicacion con ninguna de la que pudiera ser travesía. A la mitad de la colina de San Victor, sombría y siempre húmeda, tendida como una culebra, al pié de los muros de la Escuela politécnica la calle Travernise, es completamente desconocida de todo París; está habitada por traperos, azufradores de pajuelas, cafeteros ambulantes, y bodegonos que tienen mesas redondas á cinco sueldos. Los personajes importantes de aquellos parages son los ladrones; toda esta gente vive allí con entera comodidad, pues las patrullas jamás pasan por aquel sitio; los dueños de aquellas casucas cobran semanalmente los alquileres por medio del vecino mas desvalido, pues nos parece superfluo decir que porteros no los hay, porque sería un contrasentido que se oyese en aquella calle el ruido de la escoba.

Pasaba por allí, sin saber por qué, y me sorprendió sobremanera, pues eran las nueve de la noche, oír un organillo y voces que cantaban, me acerqué y metí entre un grupo de mugeres y niños que rodeaban á los músicos. Estos, segun lo que me permitia ver la escasa luz que daba la vela de sebo colocada sobre el organillo, eran una muger y un jóven vestido con bastante decencia; la cantora, cuyo perfil no carecia de gracia, llevaba una papalina de gasa negra y un manton de tartan en que se envolvía; en el traje del jóven solo me llamó la atencion verlo con una camisa blanca y limpia. Sus voces aun eran puras y afinadas, las nieblas de las calles se conocia que aun no las habian empañado; y lo que mas me admiró fué el observar expresion y sentimiento en su canto.

En este momento pasaron algunos estudiantes, con boinas blancas y rojas, que sin duda salian con las cabezas calientes de algun café vergonzante de la calle de San Jacques y se detuvieron á escuchar. Uno de ellos observando el aire tímido y vergonzoso de la jóven, le dirigió algunos requiebros groseros que alegraron sobremanera al círculo de comadres desgredadas y sucios chiquillos. La cantora hizo como si no hubiera oído, pero su voz se puso temblorosa, el estudiante, animado por su silencio y su aire alarmado reiteró sus requiebros é hizo ademán de cogerla por la cintura. Al ver

semejante accion el cantor se dirigió al galanteador de esquina y le mandó que callase; éste no hizo caso, el otro insistió de tal modo que se trabó una lucha, en la que indudablemente hubiera sucumbido el cantor á no haber tomado su defensa el femenino auditorio. Aquello se volvió en un instante un concierto de maldiciones, gritos, amenazas, en fin, un fuego graneado de palabras tal, que un sordo las habría oído. Si por ventura, atento lector, te ha sucedido alguna vez paseándote en el campo silencioso, oír de repente á las ranas de un estanque ponerse á alborotar todas á la vez sobre cualquier evento acuático, ni aun así podrías tener una imperfecta idea de lo que pasó en la calle de Traversenise.

En cuanto á mí, me quedé tanto mas admirado, cuanto me habia quedado absorto con una idea bastante absurda. Esta voz de muger me decia á mí mismo, ya la he oído otra vez... ¿pero dónde?... ¡Tonto de mí!... exclamé, ese trozo lo he oído ya otra vez cantado por una voz parecida, pero era en un magnífico salon. ¡Cómo se habia de picar conmigo la encantadora condesa L* si supiera que una cantora ambulante ha podido recordármela!

Completamente absorto con este monólogo interior, apenas habia oído las galanterías del seductor ni el principio de la jarana, cuando de pronto vi deshacerse el corro de espectadores como una bomba que revienta en mil cascos y fué á formarse de nuevo un poco mas lejos al rededor de los combatientes, quedándome yo solo con la cantora.

Me acerqué á ella... la infeliz estaba desmayada, la tomé en mis brazos y no pude contercer un grito de sorpresa... ¿Era aquello una humillacion?... tenia en mis brazos á la condesa de L*, tuve en verdad miedo de perder el juicio.

Una vieja que estaba cerca de nosotros viendo nuestro apuro entró en la taberna próxima y sacó un vaso de agua, pocas gotas bastaron á volver en sí á la jóven, suspiró al pronto y todos sus miembros se estremecieron. Entonces volvió hácia mí sus ojos, y al instante me reconoció dando un gemido y ocultándose la cara en sus manos.... Ya no me quedó la menor duda.

En este instante el del organillo volvió triunfante con una escolta, pero una escolta de mugeres que se exaltaban á una y en todos los tonos posibles y lo mas discordante que se ha oído. La fisonomía del jóven estaba trastornada, su traje desordenado, todo atestiguaba una lucha violenta en la que, sin embargo, comprendí que habia llevado la mejor parte.

Se echó el organillo acuestas por medio de una ancha correa clavada á modo de asa al instrumento, dijo al oído y en voz baja algunas palabras á su compañera que colocó sus papeles de música en su cabás, se envolvió con una especie de triste resignacion en su pañolón y se alejaron en seguida los dos, disipándose la multitud.

Me quedaba solo, medio trastornado, los tímpanos rotos por la algaravía y el ánimo suspenso por aquel raro acontecimiento cuando oí llamarme por mi apellido; me volví con presteza y ví al músico ambulante en el que, solo entonces pude reconocer al esposo de la condesa; creyéndome loco, tuve ganas de pedir socorro, cuando el conde me dijo:

—Desearia tener con vos una corta entrevista.

—Estoy á vuestra disposicion, le respondí.

—Pues entonces seguidme.

Pronto alcanzamos á Madme. de L* y los tres juntos seguimos silenciosamente.

Despues de haber atravesado no sé cuantas tortuosas callejuelas y plazoletas en que los chicos saltaban por hogueras de paja, nos detuvimos ante una casa cuyas ventanas estaban todas iluminadas de tal modo, que se la podia comparar al pucherete agujereado de una castañera cuando está candente su interior. Entramos en un oscuro portal á cuyo extremo se encontraba á tientas una escalera, peligrosa si las hay, con una cuerda por todo pasamanos pegada á la pared; al otro lado nada de barandilla. En todas las puertas que daban á los descansos de ésta, más bien escala que escalera, se oía el chirrido intermitente del telar de medias y que servia de orquesta á los tenores sobreagudos que chillaban en sus cunas.

Cuantos pisos subimos no lo sé, pero de seguro aquella casa era la mas alta de las casas de vecindad; por fin, no pudiendo subir mas nos detuvimos, oí el ruido de una llave en la cerradura y una voz que me dijo: Por aquí... Al cabo de algun tiempo ví en uno de los mas sombríos rincones del cuarto en que habiamos entrado, dibujarse poco á poco una forma blanca y encantadora de muger iluminada por una llama azulada.

Como verídico historiador debo decir que la condesa se hallaba arrodillada cerca de un anafre en el que acababa de encender una pajueta; esta era pura y sencillamente la causa de la fantástica aparicion. Mas aquella noche me hallaba yo predispuesto á lo extraordinario y á la verdad cualquiera lo habria estado con menos razon.

El conde colocó su organillo sobre una silla, silenciosamente me indicó que me sentase, y pasó con aire desesperado su mano por la frente.

Una miserable vela de sebo, colocada en un candelero de fierro nos prestó sus escasos resplandores y con su ayuda, eché una mirada en mi derredor. Las paredes, completamente desnudas y no muy limpias, el techo abohardillado y con una vidriera en él; una cama bien pobre se ocultaba en uno de los ángulos de la habitacion, una mesilla de estudiante, una estufilla de portero y un espejo de costurera completaban el mueblage del cuarto.

La condesa estaba de pie cerca de la estufa, cuyo cañon tenia casi abrazado, tenia frio la infeliz, sus dientes castañeteaban. Con su papalina ajada, envuelta en los pesados pliegues del grosero manton, con sus rubios cabellos cogidos sencillamente con horquillas en rizos en que brillaban las gotas de lluvia, con sus ojos de azul claro de largas pestañas y su tez pálida, me pareció la condesa mucho mas linda que en sus brillantes trages de baile.

—Caballero, me dijo el conde con alterada voz, la casualidad, quiero creerlo así, os ha impuesto á medias de un extraño secreto; os suplico, y de rodillas si es necesario, que seais reservado sobre cuanto habeis visto.

—Creedme, caballero....

—Confío en vuestra lealtad; sin embargo, como podríais dar algunos pasos para averiguar cuanto tiene mi existencia de misteriosa; como estos pasos por discretos que fueran podian llamar la atencion sobre mí, quiero excusároslos. Ademas necesitais, para la tranquilidad de vuestra conciencia, saber mi secreto, la conciencia es un huésped curioso, ha de preguntar á los que aloja; mas antes permitidme una pregunta:

¿La calle Traversenise no es una de las mas desconocidas de París?

—Sin disputa, es el extremo del barrio mas desconocido de París.

—¿Donde se puede estar completamente seguro de no ser encontrado?

—Así lo creo.

—Sin embargo....

—¿Queréis decir que á pesar de eso yo me he encontrado allí esta tarde? es verdad, tengo la pasión de los descubrimientos; no siéndome posible correr los mares en busca de nuevos mundos, hago mis descubrimientos en una escala mucho mas reducida; es una vocación degenerada.

Cargue el diablo con la vocación; espresaron los ojos del conde, pero su boca vino á corregir la muda exclamación con estas palabras: ¡Es una feliz casualidad!

El conde se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada, contó las campanadas de un reloj que daba la hora en un campanario vecino, muy vecino atendida la altura del sitio, tomó en seguida las manos de la joven, las apretó con cariño y convulsivamente y sus ojos se llenaron de lágrimas; por fin se disipó la nube que cubría su frente, se sentó y me refirió en estos ó semejantes términos esta extraordinaria historia.

—Ya conocéis mi nombre, según creo, por haberme visto una ó dos veces en los conciertos de la marquesa de Mareuil. Mi padre emigró en el 91 y al regreso de los Borbones tuvo su parte del millar de millones de indemnización. En Livorno donde había largo tiempo había vivido bajo un nombre supuesto y su escudo oculto bajo un velo plebeyo, se había enriquecido por algunas operaciones comerciales bien concebidas y hábilmente ejecutadas; tenía una renta de 100,000 francos; apenas le conocía yo, pues mi madre no vivía con él, y largo tiempo he ignorado el motivo de esta separación.

Mi madre poseía unos 6,000 francos de renta, con los que fué á vegetar oscurecida y olvidada en la calle de la Naranjería, que tal vez es mas desconocida que la calle de Travernise, perdida á espaldas del Jardín de Plantas en el extremo de un barrio dormido. Sin embargo de todo, modestas casas de huéspedes han ido á establecerse en aquellas desconocidas regiones, sin duda por lo raro que es tener en París un gran local y un alquiler módico, al menos este fué el motivo que llevó á establecerse á madame Labbé en unos sitios en que el pasar una persona es un acontecimiento notable, aunque no notado por la falta de espectadores.

Madame Labbé tenía pupilaje para ambos sexos. Pacíficos solterones que se recogían antes de tocar la retreta, viejos empleados jubilados, ilustres capitanes retirados acampados allí esperando la muerte, antiguas amas de gobierno que se quejaban de haber sido maltratadas por la suerte cuando solo lo habían sido por el tiempo; tales eran los pupilos.

Allí pasé mi infancia cerca de mi buena madre, ¡me amaba tanto! su cuarto estaba cubierto de las coronas que había yo ganado en mis clases... al fin la perdí... solo tenía yo entonces diez y seis años... hoy tengo veinte y cinco, ¿os admira eso, caballero?... sí, he envejecido muy deprisa. Madame Labbé fué para mí, en aquel cruel aislamiento, una segunda madre, y así cuando dejé el colegio fué á su casa donde me fuí á vivir, á pesar de lo lejos que estaba de las clases, porque quería ser abogado. Mi padre, á quien creí

deber consultar antes de tomar una determinación, rehusó el recibirme.

Tal vez habreis comprendido ya que el reconocimiento solo no me detuvo en la calle de la Naranjería.

Amaba á Agata, aun no os he hablado de ella; era la hija de Madame Labbé; tenía quince años y yo la adoraba. Era una hermosa niña risueña y alegre como un bello rayo de sol, era el alma de aquella casa, la alegría de todos aquellos ancianos que sin su presencia siempre hubieran estado de mal humor, la flor de aquella prisión cuyos carceleros se apellidan *gota y ancianidad*.

La amaba y desde un principio por delicadeza se lo había manifestado así á Madame Labbé, excelente señora; esta unión era su sueño de oro. Era yo demasiado joven aun para que se pudiese pensar con seriedad en esta boda y sin embargo se hablaba de ella de continuo. Mi madre me había dejado un capital de ciento veinte mil francos; el dote de Agata era bastante exíguo; pero al fin todo junto constituía una renta que ofrecía la comodidad y me permitiría esperar con paciencia á los clientes y sus pleitos. Se acordó que la boda se haría cuando recibiese la investidura de abogado, de modo que al vestir yo la negra toga vistiese ella el virginal y blanco traje de novia.

Antes de referiros lo que sigue tal vez convendrá explicaros cuantas rarezas tiene mi carácter, la lucha que tenían en mí los buenos y los malos instintos y cuantas reticencias había en mis mejores sentimientos.... ay... debo confesarlo.... en mi amor; pero no, continuaré mi narración, á vos toca el juzgarme.

Sufrió bastante bien mis exámenes y me recibieron de abogado.

Venia amenudo á nuestra casa una joven bastante linda, hija de una pobre viuda que vivía en nuestro barrio; esta joven se llamaba Genoveva y tuvo una gran influencia sobre toda mi existencia.

Genoveva era costurera, y aunque muy joven ya había terminado su aprendizaje y cosía en las casas que al efecto la llamaban. Creo que era una mediana trabajadora, pero también el precio de sus días era bastante módico, y Madame Labbé la llamaba amenudo, aunque á veces se pasaba horas enteras con la costura en una mano, la aguja en la otra pero sin trabajar y pensando sabe Dios en qué.

Un día Agata y Genoveva se habían sentado las dos cerca de la ventana; el cuadro era encantador: el sol bañaba con sus rayos de suave claridad las rubias trenzas de mi prometida para ir después á herir mas lejos con vivos y cambiantes reflejos los negros y brillantes cabellos de la costurera. La misma luz que cercaba con una dulce y nueva aureola la cabeza de la una, hacía reflejar y radiar la frente pálida y ardiente de la otra.

Agata bordaba un cuello que hacía pocos días había empezado, yo apoyado en la chimenea estaba descontento, envidioso, celoso; en uno de esos momentos de orgullosa indignación en que temía la consecuencia de mi desmedida y loca ambición y de mi ilimitado poder, con que inútilmente me fatigaba como un águila á quien Dios hubiese dado alas de milano. Una palabra de Agata dió lugar á una escena fútil en apariencia pero en el fondo desgarradora.

—Este caballero ha tomado ya su aire de seriedad, me dijo con cierto tonillo dulcemente irónico, ¡oh! ¡mal genio!... Venid pronto á admirar el lindo cuello que estoy bordando.

Me acerqué.

—¿Qué rico es el dibujo, no es verdad?... y añadió con voz casi imperceptible y en tono de confianza.... Me lo pondré para devolver nuestras visitas de novios.

—Es bonito, le respondí secamente... pero supongo que no pensareis salir con eso sino á lo mas para por las mañanas.

En seguida me abandoné á las divagaciones mas estravagantes, mas locas y mas crueles, me burlé con amargura de los gustos sencillos de aquella niña; con desdeñosa planta derribé y hollé todo el tinglado de mis inocentes quimeras, le mostré la miseria y el desprecio que nos aguardaba, tambien me atreví morder con mi ironía lo que tenía ella de mas caro, de mas sagrado, el amor hácia su madre; por primera vez comprendía los abismos que pueden abrirse en un corazon; ella me miraba con una especie de compasivo temor que no hizo sino irritarme mas aun, en seguida ocultando entre sus manos la cabeza se deshizo en lágrimas.

Todos estos insultos, se los habia dicho delante de Geneveva, una persona estraña.

Me retiré con el ánimo delirante, subí á mi cuarto y exclamé con rabioso llanto ¡Oh! ¡cuán desgraciado soy!... ¡cuánto sufro!... ¡Y que haya gentes á quienes todo se le ha prodigado, las riquezas, la dicha, la embriaguez de las diversiones y los dichosos amores!... para quienes cada dia, cada hora tienen su capricho satisfecho, su locura realizada, mientras yo vegeto en estúpido surco, empezando y terminando diariamente la misma y única necesidad, fastidiado, aburrido y paseándome de un lado á otro, como un centinela de una prision, ante ese gran muro herizado de hierro que llaman *moralidad* ¡Oh! ¡esto no puede seguir así!... El tiempo corre y yo no vivo y yo quiero vivir!... ¡La fortuna!.... ¿quien podrá proporcionármela?... La quiero ahora, ahora mismo... ¿Me será preciso esperar á la ancianidad?... como esos locos para quienes llega con la gota que la han conquistado para los médicos y cuyos cupones de renta son otras tantas recetas de boticario.... ¡Y esa Agata que se imagina que yo la amo!... Esto es insoponible.... ¿No he de poder desembarazarme de semejante matrimonio?... ¿A los veinte años he de ver mi existencia así maniatada?... Soy jóven, tengo porvenir, puedo encontrar protectores.... pues supongamos que me case, ¿ha de encontrar quien le proteja un hombre casado?... ¡Muy digno de compasion es un padre de familia rodeado de chiquillería!.... ¿pero se puede ser gran orador con todas esas pequeñeces?... En lugar que obtenida primero la reputacion, las dotes vendrán naturalmente y los raudales de mi elocuencia regarán esas florecillas amarillas de la riqueza.... Si, sueña, imbécil, sueña, amontona esperanzas sobre esperanzas, pierde el aliento tras esa quimera, para disputar en la calle de la Naranjería entre dos ó tres viejos tontos que solo hablan de la altura de las aguas del río.... ¡y tu futura que contempla las estrellas!.... ¿Qué medio hay para romper esta boda?... ¡Si viviéramos en la edad media todo estaba compuesto con vender el alma al diablo por medio de auténtica escritura!.... Al instante todo os saldria á pedir de boca.... En una noche Satanás y sus infernales albañiles os construirían un palacio; los corazones mas altivos se os rendirian en el acto, y el vacío de vuestra bolsa se llenaria como los surcos trazados en el agua! ¡Oh! de

que buena gana haria yo ese contrato.... estoy cierto de lo que pasa en esta vida!... ¿y lo estoy lo mismo de la otra?

Al pronunciar yo estas impías palabras oí distintamente una carcajada estridente.

Me volví estupefacto creyendo que alguien habia entrado en mi cuarto; pero solo vi al gato de la casa, gatito blanco muy mono que daba vueltas presiguiéndose su cola.

Me levanté y abrí la puerta. Nadie.

—Es estraordinario dije.... esta carcajada la he oido bien claro.

Seguia mis exploraciones, cuando ví subir á uno de mis camaradas del colegio, Camilo Piedeferro.

—Vives como un santo, querido, dijo al entrar, y habitas el paraíso, ó al menos una region de tan difícil acceso.

—¿Ha sido ese pensamiento el que te ha provocado la formidable carcajada que acabo de oír?

—¿Una carcajada?

—Sí, ahora mismo en la escalera.

—No sé que es lo que quieres decir, por mi parte yo no me he reido.

—Pero sin embargo he oido....

¿Soñaba yo por ventura?... acabé por creerlo, no estaba yo seguro de estar delirando. Me parecia tener un brasero en que todos mis pensamientos venian á retorcerse y abrasearse como hojas muertas. Este brasero era la ambicion.

—¡Eh! vamos fuera de bromas, repuso Camilo.... ¿Quieres ser rico?

Esta proposicion correspondió tan directamente con mis mas íntimos y secretos pensamientos del momento que me espantó.... ¿Ser rico? repetí balbuciente.

—Sí.... rico.... Tú eres desgraciado aquí.... tú vida es mezquina y tus deseos inmensos.... Sé tus molestias, tus vagas aspiraciones del porvenir, tú horror á todo lo vulgar y tú sed de goces; y... ¿quieres que te diga lo que pasa ahí?... ¿en tu corazon?... tu amor á Agata se ha vuelto indiferencia.

—¡Camilo!.... exclamé con tono molesto.

—¡Oh! no me equivoco... y en verdad me das compasion, no por la tortura moral, sino por tu cobardía. Te sientes con genio y te unes á la medianía; tienes alas y prefieres andar. Te has dejado atrapar al primer latido de tu corazon como un tonto, y en seguida has hecho de esa emocion de colegial un amor para toda tu vida.

—Pero quien te ha dicho....

—Te he tenido compasion... á la noticia de tu boda, he acudido á salvarte. Eres pobre y te hago rico, vives en este barrio al borde de la sociedad y vengo á arrastrarte al centro de lo que no puedes menos de desear, gloria, placer, lujo y amor.

—¿Pero y Agata?

—¡Agata!.... te aseguro que la aborreces....

—¡Ella me ama!....

—Ella destruye tu porvenir.... ¿Si realmente te amase tanto, querría serte tan cara?

—¡Oh! todo lo marchitas.

—Querido, hoy comemos juntos.

—¡Dios mio!.... Es que....

—Se trata de tu fortuna.

—¿Eres por ventura Satanás?

—Tal vez haya algo de eso.... Con que quedamos de acuerdo.... á las cinco en mi casa calle de Lafitte, será una comida de negocios, solo se beberá á los postres.

Un instante despues of el ruido de un cabriolé, Camilo Piedeferro se alejaba.... ¡Que dichoso es!.... me repetia por lo bajo.

Bajé á la salita de costura, ya no estaba allí Agata; aquel sitio vacío y aquel bordado interrumpido me hicieron saltar las lágrimas.... Me senté en la silla que habia ocupado y me puse á examinar el cuellecillo que tenia empezado.... Era lindísimo y de bastante lujo.... ¡cuán injusto habia sido!

Genoveva estaba sentada frente á mí, como de ordinario, su mano se hallaba sobre la costura, pero sin trabajar.

La jóven fijó en mí sus grandes ojos negros y me dijo con una sonrisa particular mostrándome el cuello medio bordado que tenia en la mano:

—¿No es verdad que eso es bien feo? ¡Oh! lo que es yo si me hallase en el lugar de la señorita Agata no usaria sino encajes, lo que hubiera de mas hermoso.... ¡Ay Dios! ¡que dicha tener encajes!... ¡Teneis razon en encontrar fastidiosos estos barrios!.... ¡Si yo fuese hombre no hay miedo de que yo me casase!.... y no viviria en la calle de la Naranjería.... Qué lindo cabriolé tiene ese caballero que os acaba de venir á ver.... debe ser muy rico, ¿no es cierto?... que bien puesto va.... ¡me ha mirado al pasar de cierto modo particular!... ¿Con qué la señorita Agata se ha enfadado porque no os ha gustado su cuellecillo?... ¡qué lástima! un miserable cuello de un real.... Cuanto me gustaria el ir en cabriolé... al menos la verian á una pasar.... ¿Querreis creer que en este pícaro barrio no hay bailes ni aun los domingos? ¡que cosa tan divertida!... ¡y yo que deliré por los bailes!.... ¡son tan hermosos!.... y ademas.... chiton.... la señora....

En efecto, Madame Labbé entraba.

Me habia quedado estupefacto, confundido con esta cháchara, con aquel aplomo, con aquel aire de intimidad y con aquellas miradas de inteligencia. Al principio me dije: esta chica es tonta y habla sin ton ni son, ni comprender el valor de lo que dice; pero cierta maliciosa sonrisa oculta en sus labios y cierta penetracion en su mirada suelta, decian bastante alto que el pensamiento y la intencion se ocultaban bajo las palabras.

—¡Niña singular!.... pensaba yo por lo bajo.... ¿No tenia razon en creer aun á Genoveva una niña?

No volví á pensar en ella y me escurrí para asistir á mi cita.

Lo que ocurrió aquella noche aun me parece confuso, incoherente, mezcla de sombra y de luz como el recuerdo de un sueño.

Camilo me recibió en un saloncito en el entresuelo, amueblado con esquisita elegancia. Las colgaduras eran de damasco de seda de color oscuro.... verdadero salon de jóven y de fumador. Las consolas, chimenea y repisas colgadas de la pared estaban llenas de estatuillas y dijecillos chinos, de modo que parecia una poblacion entera de blancos liliputienses amenazados de una inundacion y refugiados en las alturas. La inundacion estaba representada por una suave y mullida alfombra. En medio de la pieza habia preparada una mesa para comer llena de candelabros con cien bugías, Un groom casi imperceptible iba y venia acabando de poner la mesa.

Los otros dos convidados llegaron por fin.

La comida fué admirablemente bien servida y todos los

países del universo desfilaron ante nosotros representados por negros diputados en forma de botellas; al decir diputados digo mal, deberia haber dicho senadores atendida la ancianidad de aquellos honorables y celosos representantes.

Todo se pasó de tal modo que acabé por olvidar completamente la calle de la Naranjería y Agata; mis remordimientos fueron de buen componer. Difícil me seria decir lo que ocurrió durante la comida; bebí mucho y cuando ya me encontraba en conveniente estado, Camilo Piedeferro volvió de nuevo y hábilmente á hablarme del estado de dependencia en que me encontraba, costándole bien poco poner mi orgullo en completa sublevacion.

—¿Me juzgas bien cobarde? dije levantándome con las megillas encendidas é inflamados los ojos; para que veas cuan poco lo soy que desde mañana abandono la casa de Madame Labbé.

—¡Ah! ahí se vé bien los caracteres irresolutos. ¡Mañana! Creen haber ganado un siglo luego que se ha aplazado para mañana.... Creen evitar el que juzgan peligro atrasándolo.... ¡Mañana!... existen casos imprevistos entre hoy y mañana.... y lo que en el instante es voluntad firme, dentro de veinte y cuatro horas tiene tiempo de volverse baja sumision.

—¿Habia de ir esta noche misma?....

—¿Por qué no?

—Son las nueve.

—¿Y qué importa?

—¿Con que así ahora mismo?

—Es claro.... llegar, recoger unos baules y buenas noches; repuso Camilo. Mañana infinitas reflexiones conmovedoras habrian venido á socabar tu resolucion, una sola lágrima y todo tu proyecto caeria á tierra. Hoy al contrario todo se pasará sin el menor ruido. Mañana empezarian los: ¿cómo?... ¿Por qué?... Indignacion general de todos aquellos vejates, las mugeres llorarian y se desmayarian, habria maldicion y profecia con el primer acto de los melodramas.... No podrias resistir tú á tantos ataques.

—Pues bien, marchemos.... tú me acompañas, ¿no es cierto?

—¡Salvaré tus dias y tu bolsa!

Nos metimos en un cabriolé que nos condujo al barrio de San Marcelo; apenas si recuerdo nada de lo que ocurrió. El aire helado dejó á mi cerebro en una especie de entorpecimiento febril, raras alucinaciones atravesaban mi cabeza, cada farol me parecia una hermosa moneda de oro que ganaba, estaba completamente embriagado. Se detuvo por fin el cabriolé.

Aun recuerdo aquella sala sencilla y brillante de limpieza y la mesilla de costura en que Madame Labbé y Agata trabajaban, aun las veo temblorosas, anonadadas. El aspecto de aquel interior tranquilo y encantador casi me volvió la razon.

Madame Labbé se dirigió á mí y me dijo con severo tono:

—¡Dios mio!.... ¿de dónde venís en ese estado?

Fatal pregunta que reanimó toda mi cólera, me sentí herido, insultado delante de Camilo; todos mis malos instintos se sublevaron.

Os lo repito, no recuerdo ni una sola palabra de lo que dije, pero debió ser algo de muy ingrato, muy horrible; pues ví á Agata juntar convulsivamente las manos y palidecer y á Madame Labbé sollozar.

En esto todos mis recuerdos se embotan, si subí á mi cuarto, si arreglé mis baules, no lo sé..... así acabó este día causando yo la desesperación de aquellas mugeres que tan buenas habían sido para mí.

A la mañana siguiente cuando me desperté el sol alegraba mi cuarto con su luminosa sonrisa, volví á ver mi camilla de nogal, mi mesa de madera negra y mi espejo. Oí gorgear los pajarillos en el jardín y subir hasta mí la voz fresca y alegre de Agata que siempre cantaba por las mañanas.

Una carcajada enteramente igual á la que ya antes había oído me heló de horror; mis ojos se abrieron bien y aquella loca ilusión se desvaneció. Me encontré en el rico gabinete de la víspera con sus colgaduras de damasco y su blanca población de estatuillas; una bata oriental estaba sobre un sillón; chispeaba en la chimenea un hermoso fuego. Entonces fué la realidad la que yo creí un sueño, como antes un sueño me pareció la realidad.

Al ruido que hice se abrió la puerta y vi aparecer al microscópico groom, que corrió las cortinas y anunció á Camilo Piedeferro.

Este buen amigo me dijo que el cuarto en que estaba me pertenecía; la víspera uno de los comensales que marchaba á Filadelfia me había vendido todos los muebles casi regalados..... en veinte mil francos; era de valde, decía Camilo.

Además me dijo que había perdido cinco mil francos al *lansquenet*. Tuve un instante de horror, después me aturdí. ¿No iba por fin á conocer todos esos placeres tan ardientemente deseados? de antemano se halla mi ánimo completamente absorbido en ellos y no quedaba ni aun un pequeño y oscuro rincón para guardar el remordimiento.

Los primeros días ignorando como utilizar á mi groom tuve intenciones de enseñarle á leer para matar el tiempo; pero esto duró poco, no soy hombre de hacer el tonto dos veces.

A mas que pronto conocí que aquel singular niño tenía una experiencia de la vida que podía perfectamente dispensarle de palidecer con las narices enterradas en las amarillentas hojas de un libro. Flamache, este era el nombre que le daban, tenía quince años y apenas yo le hubiera echado diez; era el bribón mas ladino, mas ductil, mas tortuoso y agudo que existía en el mundo; una verdadera víbora; añádase que unas veces era insidioso, otras insolente y siempre irónico. A veces me sentía lleno de compasión hacia este débil aborto; un instante después casi le tenía miedo, tal era la fuerza é indomable energía que tenía aquel mezuquino y anguloso cuerpecillo. Un día que le preguntaba yo donde había aprendido tantas cosas.—Nosotros, los hijos del pueblo, me respondió, somos viejos antes de tiempo; entregados á nosotros mismos desde que podemos tenernos de pié, tenemos que ganar nuestro pan de cada día, vivir con los que pueden mas que nosotros y defendernos... ¡Oh! siendo tan pronto infelices no hay mas que aprender. Yo ya he estado en un tejár para ir colocando al sol los adobes, en una fábrica de hilados para enganchar los hilos en los peines, luego me embarqué en calidad de grumete en el *Veloz* que salía para el Brasil..... Vuelto al Havre me escapé hacia París sin aguardar á que me borrasen del registro. Un inglés me tomó á su servicio para vestirme de colorado y que llevase bandejas. Esa ha sido mi vida.

Esta relación fué seguida de una de esas miradas burlescas que casi me daban escalofríos.

(Se continuará.)

J. MUÑOZ GAVIRIA

VIAGE A LA AMERICA MERIDIONAL.

La ciudad del Cuzco, antigua capital del imperio de los Incas, se halla situada á once mil trescientos veinte pies sobre el nivel del mar. Allí visitamos las casas de los principales conquistadores, entre otras la de Pizarro, la de Cristóbal de Castilla, y otra casa de la que no quedaban mas que las torrecillas. Nos dijeron que había sido la residencia de Garcilaso de la Vega. Igualmente vimos en la calle del Triunfo las ruinas del palacio de Inca Pachnente, que subió al trono hacia el año 1424. Generalmente es este palacio el que se enseña como habiendo sido el de las vírgenes del sol. Todas estas construcciones son notables, porque están hechas con piedras blancas talladas en ángulo, de manera que están engastadas unas en otras.

También vimos sobre una colina, al Norte de la ciudad, las ruinas de la famosa fortaleza del Cuzco, que aun es hoy uno de los mas hermosos monumentos del antiguo poder de los Incas. Esta fortaleza es de forma oval, y estaba formada de tres muros de recinto que oponían á los enemigos una veintena de ángulos salientes. Dice la crónica española que en aquella fortaleza se defendieron los indios con tanto valor que los cristianos jamás se hubiesen apoderado de ella si Santiago en persona no hubiera venido á combatir por ellos.

La población del Cuzco se compone casi enteramente de indios é indias; así es que no se ven, ni aun en las personas de la clase superior, sino pocas gentes blancas. En general, son de un color cobrizo muy claro.

Hay tres hermosas plazas en medio de la ciudad del Cuzco. En una de ellas se verifica tres veces por semana un mercado á donde acuden una gran cantidad de indios ofreciendo toda especie de mercaderías. Se nota, sobre todo que hay muy lindas labores de la lana de las llamas y alpacas. En su totalidad, el Cuzco, á pesar de su aspecto triste y desierto, es todavía una grande y hermosa ciudad.

Después de haber visitado el Cuzco, el 21 de julio nos pusimos en marcha para visitar algunos puntos de alrededor.

Según la costumbre se tomó una escolta de quince soldados del país, los que no marchan sino llevando consigo sus mugeres é hijos; y así la caravana se componía de unas treinta personas. Al salir de la ciudad entramos en caminos estrechos y tortuosos. Tomamos la precaución de colocarnos detrás de los soldados, porque no nos inspiraban la mayor confianza.

Llegamos á la aldea de Urubamba, situada en un foso, y regada por los arroyos de Ucayale ó Urubamba, Vilcomayo, y Vilcanota.

A la mañana siguiente llegamos á Ollantain-Tambe, aldea que se recomienda á la memoria por el conjunto considerable de ruinas indias, y por una curiosa tradición que